Demasiado de golpe

Esteban Gozzi

Esteban Gozzi

DEMASIADO DE GOLPE

Relato corto

Capítulo 1

Demasiado de golpe

Ezequiel miró al otro a los ojos. No sabía si expresaban temor, asombro, odio, desesperación, o todo eso a la vez.

Pero sí se percató de la quietud. Triste quietud. Eterna parecía.

Quiso recordar por qué se encontraba en esa situación. Y recordó.

Recordó haber conocido a Miriam. Salida con amigos en común. Sí. Fue así. La vio y quiso jugar las cartas del conquistador. Pero ella tenía cartas mejores.

Estaba sentada en la barra, esperando que cualquier gil vaya a conquistarla, con unos jeans ajustados y una musculosa que no cuadraban con el lugar, lleno de minifaldas y escotes. Llevaba esa ropa de una manera grácil, como para una salida tranquila con amigos. Pero, ¿un boliche? No. No cuadraba, y eso le gustó a Ezequiel.

Se le acercó con la excusa de ir a pedir una cerveza. Y se le puso al lado.

-Me das una pinta de stout?- el barman le dio el okey y fue a servirla. Ezequiel trató de hacer contacto visual con Miriam. Ella tomaba de su trago mientras revisaba redes en su celular.

-Flaco- el barman tenía la cerveza en la mano. Ezequiel la pagó, se dio vuelta y se apoyó en la barra mientras tomaba el primer trago.

-Sos del grupo de David, ¿no?- se animó a decirle.

Pudo observarla más de cerca y reparar en que era más bonita de lo que pensaba. Ella levantó la vista y pudo ver unos hermosos ojos verdes, que adornaban un rostro con algunas pecas. Ezequiel se contuvo de quedar con la boca abierta. No pudo contener que se le acelerara el corazón.

-Soy amiga de una compañera suya del trabajo, Carla. Me llamo Miriam. -Para colmo la voz, dulce, serena. Le iba bien a esos ojos.

-Ah... -Ezequiel apenas pudo articular palabra. Reacomodó su organismo e intentó tener una conversación normal-. Carla es la morocha, ¿no? La

que salía con Hernán.

-"Salía" es una forma bastante correcta de decir. –Miriam se sonrió-. Por lo menos del lado de Hernán. Ella quería más que salir. ¿Me vas a decir cómo te llamás? –Le dijo sonriendo.

La conversación empezó. Bien o mal. De Carla y Hernán al trabajo, del trabajo al tiempo libre. Del tiempo libre a invitarle un trago. Ella aceptó, y Ezequiel estaba con los cables cruzados. Esa flaca le había gustado demasiado de golpe.

Ese primer encuentro estaba yendo bien hasta que le dijo de ir a otro lugar, a tomar un café. Notó una inquietud en ella, sus ojos miraron al suelo y sus labios temblaron.

-Si querés. Sin presión. Capaz te lo dije muy de golpe. "Controlate, bobo." –Se dijo.

-Hoy te agradezco. Mañana madrugo y voy a dormir poco, así que me conviene irme para mi casa ahora. Fue un gusto, Ezequiel.

-Chau. ¡La pasé bien! –No podía controlarse.

Ella se fue con un par de amigas, sin voltear a ver a Ezequiel de vuelta.

"Demasiado de golpe." –Seguía pensando. –"Yo jugando mis cartas, y a ella solamente le bastó ser auténtica. Demasiado de golpe".

Ese recuerdo pasó como un flash por su cabeza, volviéndolo a la realidad que estaba siendo poco promisoria con él. Inclinó un poco la cabeza y vio a Miriam llorando de rodillas en el suelo.

Lo siguiente fue recordarla al despertarse, la primera noche que pasaron juntos.

Ni siquiera tenía su celular cuando se despidieron en el boliche. Decidió ser paciente y esperar otra chance de verla. No tardó más de una semana en que eso pase, en una reunión en la casa de Carla. David le dijo que vaya, que lo habían visto perdiendo la dignidad con Miriam en el boliche y que querían ver cómo la perdía del todo. Ezequiel se río falsamente de la ocurrencia de su amigo y aceptó la invitación.

Esa noche, la primer mirada entre ellos después de que él entrara a la casa de Carla bastó para que se den cuenta que se habían sentido atraídos el uno al otro. Ella le sonrió tímidamente durante un par de segundos y desvió la mirada para disimular, mientras hablaba con una

amiga. Él entró acompañado del grupo del trabajo, saludando a desconocidos en su mayoría, a excepción de Carla, que le dedicó una sonrisa cómplice. Ambos dejaron que la noche transcurriera de forma poco obvia, sin cruzarse a menos que fuera sumamente necesario. De vez en cuando David lo apuraba para que le vaya a hablar, y Ezequiel no se molestaba en contestarle.

Cuando finalmente tuvieron la chance de entablar una conversación, la mitad de los invitados se habían ido, incluyendo a todos los compañeros de trabajo de Ezequiel. La conversación fue sobre banalidades, como cuando dos personas no saben expresar de forma directa que el pulso se descontrola en presencia de la otra.

Esta vez no fue Ezequiel quién invitó a Carla. De parte de ella, la invitación fue más liviana, sin sonar apresurada o fuera de lugar.

Los eventos se sucedieron de forma natural. Que Ezequiel descubra que Miriam era una mujer sencilla por la austeridad de su casa. Conocer a Pepe, el perro que Miriam recogió de la calle. Preparar café. Charlar en el sofá con Pepe en el medio. Un beso. Pepe adivinando que no iba a ser parte de este juego, yéndose a dormir en su cucha improvisada con una frazada.

Los cuerpos unidos solamente por los labios. Una mano acariciando el cuello del otro. Ezequiel descubriendo con la mano una cicatriz en el sector derecho del vientre de Miriam. Ella tomando su mano para evitar esa zona. Él tranquilizándola con un beso.

Nada brusco. Nada rápido. Todo con una suavidad que Ezequiel no sentía hace mucho. Ésta no era una vez más. Esta vez sentía que tenía que entregarse del todo. Y fundirse con ella en ese momento despertó más fibras en él que cualquier mujer con la que había estado. Una sensación que desaparecía el mundo a su alrededor, que la transformaba a ella en el centro de su universo.

Lo siguiente fue recordarla al despertarse, entonces. Se miraron, sonrieron y empezaron a besarse, mientras el sol interrumpía con calidez, entrando por la ventana.

Contrastaba con el frío de la noche que sentía en ese momento.

-¡Hijo de puta! –Escuchó a David, mientras él seguía mirando a Miriam en el suelo. David empujó al otro, y ese empujón le hizo sentir un terrible dolor a él. ¿Por qué él sentía dolor?

Los días se sucedieron de forma descontracturada, encontrándose después de salir del trabajo, en su departamento o en la casa de ella. Pepe le dejó de ladrar la siguiente vez que fue.

Siempre banalidades, porque las palabras sobraban. Siempre eran excusas para terminar despertándose desnudos abrazados en la cama de una plaza de Ezequiel o en la de dos plazas de Miriam.

Al pasar los días, las palabras se fueron volviendo importantes. El futuro, los sueños, los planes, los pasos a seguir. Su presente.

-Yo tengo miedo, Ezequiel.

-Yo también. Pero yo porque hasta ahora solamente pensaba en mí. Pero no sé qué me pasa con vos, flaca. Bah, creo que sí sé.

-Sí, sabés... –Lo besó. Todos los besos eran iguales para Ezequiel. Erizaban hasta el último poro de su piel. Miriam continuó. –Pero mi miedo viene por otro lado. Yo sufrí mucho la última vez que me jugué por alguien. Quiero pensar que sos distinto, que con vos no tengo que sentir miedo. Pero me cuesta. –Puso la mano de Ezequiel en el vientre, encima de su cicatriz.

Ezequiel se quedó callado con la mano apoyada en la cicatriz, entendiendo y sintiendo una tristeza que le hizo temblar los labios. Posteriormente la abrazó fuerte.

David y Carla empezaron a salir un tiempo después. Ezequiel se reía al ver a David en exactamente la misma situación que él antes de empezar su relación con Miriam. Pero se guardó los chistes. Miriam estaba feliz por Carla. Ambas parejas empezaron a tener salidas juntas. El boliche donde todo empezó era la salida más típica.

Salieron riéndose del boliche. Noche tranquila.

Un hombre los esperaba a la salida. Miriam lo vio e inmediatamente se le dibujo una mueca de horror en el rostro. Ezequiel se percató e instintivamente se puso entre Miriam y ese hombre. Logró esquivar la primera trompada a puro reflejo, y acto seguido conectó un gancho en el pómulo. Era el primer golpe que conectaba en años. Se sintió con confianza para intentar un segundo golpe, pero el otro logró esquivarlo y tomándolo del brazo lo alejó de un empujón. Ezequiel fue a parar al medio de la calle, sin perder del todo el equilibrio y dándose cuenta de que el hombre se dirigía a Miriam.

Ella recibió un cachetazo.

-¡Puta! –Miriam cayó al suelo de rodillas al mismo tiempo que Ezequiel corría a defenderla. -¡Todo lo que hice por vos, y te alejás de mí! ¡Me denunciás! ¡Me cambiás por el primer pelotudo que se te cruza!

Ezequiel le pegó en el oído, con un golpe más improvisado que el primero, pero con muchísima más furia. El hombre cayó desorientado, perdiendo totalmente el equilibrio. Pero no tardó en incorporarse y enfrentarse de nuevo a Ezequiel.

Otro golpe de Ezequiel fue esquivado. Lo siguiente fue una sensación de frío que le inundaba el vientre. Demasiado de golpe.

Ezequiel miró al otro a los ojos. No sabía si expresaban temor, asombro, odio, desesperación, o todo eso a la vez.

Triste quietud. Eterna parecía.

Dolor de golpe.

Frío de golpe.

Los gritos de Miriam.

Verla llorando de rodillas en el suelo.

-¡Hijo de puta! –Escuchó a David, mientras él seguía mirando a Miriam en el suelo. David empujó al otro, y ese empujón le hizo sentir un terrible dolor a él. ¿Por qué él sentía dolor?

Porque el cuchillo salió de su vientre, y el frío de golpe se convirtió en el calor de su sangre. De golpe.

De golpe el silencio.

De golpe la oscuridad.

Demasiado de golpe.